

tos á huir al primer encuentro formal: todos mal equipados, mal armados, mal alimentados y conducidos por generales ó incapaces ó sospechosos por tener prudencia, envidiosos unos de otros y entre sí profundamente divididos. Todo el valor de la nación española era poco para suplir á tanta incapacidad; y si el clima, un ejército extranjero, las circunstancias generales de Europa ó los errores políticos de Napoleón, no favorecían á la antigua dinastía, no era seguramente de sus defensores armados de los que podía prometerse su restablecimiento.

Sin embargo, la España iba á adquirir pronto su principal medio de salvación, que era la asistencia de la Inglaterra, la cual después de haber libertado al Portugal de la presencia de los franceses, no quería limitarse á este primer esfuerzo. Asediada por los comisionados de las juntas españolas, advirtiendo en el levantamiento de la península una poderosa diversión que habría de absorber forzosamente una parte considerable de las tropas francesas, y esperando aún suscitar una nueva coalición en el continente para precipitarla contra Napoleón ya debilitado, había resuelto suministrar á los españoles cuantos auxilios pudiese. Envió á Santander, á la Coruña y á los demás puertos de la península armas, municiones y vituallas, y hasta preparaba un subsidio metálico. Atenta igualmente á sus intereses comerciales y á los políticos, había además inundado la península de mercaderías. Otra razón además, si las que hemos enumerado no hubiesen sido bastante decisivas, hubiera bastado para determinarla á obrar enérgicamente, y era el ruido que había hecho el convenio de Cintra, objeto á la sazón de la cólera del público inglés. Así, pues, aunque la expedición de Portugal hubiese sido una de las más felices y bien conducidas que había hasta entonces llevado á cabo la Inglaterra en el continente, era forzoso neutralizar sus efectos como si se tratase de un desastre. Fuese por esta necesidad, ó bien por el entusiasmo de los ingleses por la causa española, el gabinete británico se veía en el caso de tener que hacer los mayores esfuerzos, y resolvió por lo tanto enviar á España un ejército numeroso. El Mediodía de la península le convenía sobre manera para teatro de sus empresas militares, como más seguro, más distante de los franceses y más cercano á Portugal; pero siendo el Ebro el punto general de reunión y tratándose de anonadar definitivamente á las puertas mismas de Francia á los ejércitos del rey José que todos suponían desalentados y ya casi destruidos, hubiera sido una mengua, mayor aún que la de Cintra, bajar tímidamente á Cádiz ó avanzar desde Lisboa hacia Sevilla por Elvás. Por esta causa se decidió que la reunión del ejército inglés se verificase en Castilla la Vieja: para llevarla á cabo se hizo lo siguiente:

Quedaban en las cercanías de Lisboa unos diez y ocho mil hombres de la expedición de Portugal terminada en Vimeiro. Procedente del Norte sir John Moore con diez mil hombres, después de una tentativa inútil para emplearlos en Suecia, desembarcó en Lisboa pocos días después del convenio de Cintra, aumentando hasta cerca de veintiocho mil hombres las fuerzas británicas que había en Portugal. Era este oficial prudente, perspicaz, poco resuelto en el consejo, aunque muy arrojado en el campo de batalla, lleno de lealtad y honor y muy digno de mandar un ejército inglés. Extraño no

menos que á la gloria de la última expedición á las prevenciones que había suscitado, puesto que había llegado á Portugal cuando todo estaba ya concluido, encargóse del mando en jefe, que seguramente hubiera merecido más que otro alguno á no tener los ingleses á su disposición á sir Arturo Wellesley. Mas tenía éste en cierto modo cuentas que dar á la opinión pública; por lo cual se aplazó su misión en España, y John Moore obtuvo en su defecto el mando. Destináronse á la nueva expedición hacia el Norte de España veinte mil hombres de los veintiocho mil ya en Portugal reunidos. Debían dejarse en la Coruña, al mando de David Baird, antiguo oficial del ejército de las Indias, doce ó quince mil, parte de ellos de caballería. Esta reunión iba á componer un total de treinta y cinco á treinta y seis mil hombres de excelente tropa, equivalente por sí sola á todos los ejércitos juntos que había puesto España en pie de guerra. Púsose á las órdenes de John Moore una inmensa escuadra de transportes para que siguiese el movimiento de sus tropas, las llevase al punto de reunión caso de preferir la vía marítima, y las abasteciese en todo caso de víveres, municiones y caballos para la artillería y caballería. Dejóse á su prudencia el cuidado de conducirse como quisiera, con tal de que operase en el Norte de la península y procediese de concierto con los generales españoles para más asegurar el buen éxito de la campaña.

Fueron al mismo tiempo enviados á Madrid sir Stuart y lord William Bentinck para dar á la junta de Aranjuez algunos buenos consejos y establecer cierto conjunto en las operaciones militares de ambas naciones.

Libre enteramente en su acción sir John Moore, podía transportar por mar, de Lisboa á la Coruña, los veinte mil hombres que debía sacar del ejército de Portugal, y reunirlos en este puerto con los quince mil hombres de sir David Baird. Podía también atravesar todo el Portugal por los mismos caminos que habían recorrido los franceses al trasladarse allí; y después de maduras reflexiones se decidió á tomar este partido. Por una parte casi todos los buques de la escuadra estaban destinados en aquella sazón á conducir á Francia el ejército de Junot; por otra, cualquier embarco que ahora se hiciese había precisamente de perjudicar mucho á la organización del ejército inglés. El camino de la Coruña á León quedaba además inutilizado por el ejército de Blake, y podía servir todo lo más para la división de sir David Baird. Poniéndose en marcha antes de la estación de las lluvias y avanzando lentamente por pequeños destacamentos, esperaba sir John Moore llegar en buen estado á Castilla la Vieja y hacer adquirir á sus tropas en esta travesía la cualidad de que carecen las tropas inglesas, que es la paciencia y la resistencia en las marchas. Resolvió por lo tanto encaminar su infantería por las dos rutas montuosas que desembocan sobre Salamanca, en Almeida la de Coimbra y en Alcántara la de Abrantes, y su artillería y caballería por la tierra llana de Lisboa á Elvás, de Elvás á Badajoz, de Badajoz á Talavera y de Talavera á Valladolid. Jactábanse de este modo de tener reunidas en todo el mes de octubre su infantería y caballería en el corazón de Castilla la Vieja. El cuerpo de sir David Baird, que contaba con más caballería, debía desembarcar en la Coruña, de la Coruña dirigirse por Lugo á Astorga é ir á juntarse por el

Duero con el ejército principal. Adoptado este plan, emprendió su marcha sir John Moore á fines de septiembre y sir David Baird dió la vela en las costas de Inglaterra con dirección á la Coruña.

Justo es decir de los españoles que, ya fuese por presunción, ya por patriotismo, ó por ambos sentimientos á la vez, trataron á los ingleses con altivez, aceptando sus auxilios sólo con ciertas limitaciones y con la condición de no entregarles sus grandes establecimientos marítimos. Jamás quisieron recibir en Cádiz á los cinco mil hombres con que les había brindado sir Hew Dalrymple, y cuando el cuerpo de sir David Baird asomó á la vista de la Coruña le rehusaron también la entrada: fué preciso escribir á Madrid para que se le autorizase á desembarcar, lo que se consiguió por instancias de sir Stuart y de lord William Bentinck.

Pero mientras los ingleses sólo conseguían á duras penas que se permitiese tomar tierra á las tropas que se les habían pedido, y mientras los generales españoles, ocupados en intrigas con la junta ó contra ella y en continuas rivalidades unos contra otros, seguían oponiendo dificultades de ejecución á un plan que se había adoptado por violenta deferencia y perdían el tiempo en una increíble confusión, una carta del estado mayor francés, interceptada por las numerosas partidas que infestaban los caminos, les reveló que en los meses de octubre y noviembre entrarían en España cien mil hombres de refuerzo, sin contar los que ya habían llegado y que con estarse con los brazos cruzados disputando malograban la ocasión de sorprender al ejército francés, que se figuraban enervado, diezmado y lleno de espanto desde el suceso de Bailén. Semejante revelación no podía menos de comunicar cierto impulso, siquiera fuese momentáneo, á aquel gobierno que, como todos los gobiernos débiles y tumultuosos, sólo marchaba á sacudidas. Dejóse de disputar, despacháronse los generales á sus respectivos destinos, sin curarse de ponerlos acordes; envióse á Castaños al Ebro, aceleróse la llegada á Madrid y de Madrid á Burgos de las tropas de Extremadura, y últimamente se movilizó cuanta gente se pudo y de cualquier modo.

Estábase en el caso de no perder más tiempo; sin embargo, se perdió mucho todavía, y sólo á fines de octubre pudo empezarse á operar formalmente. El general Blake, aunque no había reunido todas sus fuerzas, fué el primero que se presentó en línea. Por la falda de las montañas de Asturias, todo seguido y sin internarse en ellas, las atravesó en Espinosa, dirigiendo repetidos amagos á Bilbao. Los castellanos, al mando de Pignatelli, se mantenían en las márgenes del Ebro por las cercanías de Logroño. Los murcianos y valencianos mandados por Llamas, y las dos divisiones de Andalucía dirigidas por la Peña, se dilataban á lo largo del río desde Tolosa á Calahorra y Alfaro. Los aragoneses y valencianos de Palafox, llevados allende el Ebro y ocupando el río Aragón, tenían su cuartel general en Caparros.

Según el plan convenido, era menester que Castaños y Palafox se concertasen para juntarse sobre la extrema izquierda de los franceses, hacia Pamplona, lo cual en verdad urgía porque el general Blake, ya muy empeñado sobre su derecha, podía verse comprometido si no se trataba de ocupar con toda premura parte de las

fuerzas enemigas. Pero no era fácil que Castaños y Palafox se entendiesen, porque cada cual por su parte quería arrastrar al otro. Castaños temía dejar demasiado desguarnecido el Ebro; Palafox quería que se le pusiese en disposición de poder invadir la Navarra con fuerzas superiores. Por último, haciendo un movimiento progresivo pasaron el Ebro y el río Aragón, y se establecieron por una parte en Logroño y por la otra en Lerín.

Pero era ya tarde: porque no estando los franceses dispuestos á sufrir por más tiempo la audacia irreflexiva de sus adversarios aun antes de recibir refuerzos, mucho menos podían aguantarla cuando se les iban reuniendo cada día las más soberbias tropas del mundo. Se recordará que desde antes de poner en movimiento los cuatro cuerpos del grande ejército, había ido destacando Napoleón sucesivamente de Francia y Alemania una serie de regimientos veteranos, y que con los que últimamente habían llegado se habían formado primeramente la división de Godinot, y después la división de Dessoles, que había de ser la tercera del cuerpo del mariscal Ney. Con ésta se hallaba en el Ebro el intrépido mariscal esperando la llegada de su cuerpo de ejército.

Aunque Napoleón había terminantemente encargado que no se emprendiese operación ninguna antes de presentarse él, por el deseo que tenía de que los españoles fueran ganando terreno sobre sus alas é internándose de modo que no pudiesen volver atrás, el estado mayor de José, no pudiendo reprimir su impaciencia á la vista de sus movimientos, quiso rechazarlos, y mandó á los mariscales Ney y Moncey que volvieran á ocupar la línea del Ebro y del Aragón. Avanzó Ney el 25 de octubre sobre Logroño, y acometiendo á la bayoneta arrolló á los castellanos de Pignatelli. Pasó el Ebro además y obligó á los sublevados á replegarse hasta Nalda, á la falda de las montañas que separan la tierra de Logroño de la Soria. El mariscal Moncey por su parte envió sobre Lerín á los generales Wathier y Maurice-Mathieu con un regimiento del Vístula y el 44 de línea. Repelieron estos generales á los españoles, primeramente en el pueblo y castillo de Lerín, y después, interceptándoles todo auxilio, les hicieron prisioneros unos mil hombres. Veíanse los españoles en todas partes arrollados y deshechos con un vigor y una celeridad que probaban que no podían las masas insurrectas de España oponer resistencia formal á un ejército francés bien conducido.

Llegaban al mismo tiempo el primer cuerpo mandado por el mariscal Víctor, el cuarto mandado por el mariscal Lefebvre, y el sexto destinado al mariscal Ney, que comprendía las divisiones de Bissón y Marchand, con las que tanto se había distinguido en todos países.

No bien pasó José revista á la soberbia división de Sebastiani del cuerpo de Lefebvre en los llanos de Victoria, cuando olvidando las instrucciones que le había dado su hermano la encaminó sobre su derecha por el camino de Durango hacia el valle de Vizcaya, para contener al general Blake que le inspiraba recelos por la parte de Bilbao. Y no se limitó á esto, sino que dando asentimiento á la credulidad ó á las baladronadas de los paisanos españoles, que abultaban siempre el número de los suyos suponiendo que había ochenta

mil hombres donde sólo había veinte mil, creyó que no era suficiente el cuerpo de Lefebvre para guardar bien sus espaldas, y envió sobre Durango, por Mondragón, la división del general Villatte del cuerpo del mariscal Víctor. Últimamente, así que asomó por Bayona la cabeza del sexto cuerpo, se apresuró á enviar sobre Pamplona, por la vía de San Juan de Pie de Puerto, la división de Bissón, para afirmar su izquierda, lo mismo que acababa de afirmar su derecha con la posición que había prescrito al mariscal Lefebvre. La guardia, que llegaba á la sazón formando un total de diez mil hombres, se iba escalonando entre Bayona y Vitoria.

Estas disposiciones intempestivas produjeron sobre la derecha un nuevo encuentro imprevisto entre el general Blake y el mariscal Lefebvre, como el que había ya ocurrido sobre la izquierda entre Pignatelli y los mariscales Ney y Moncey. El general Blake, según ya hemos dicho, después de atravesar las montañas de Asturias por Espinosa y ocupar á Bilbao, se encaminó más allá de Zornoza por las alturas que hacen frente á Durango. No habiéndosele aún reunido la división de La Romana, permanecía en aquella posición con unos veinte ó veintidós mil hombres, mitad tropa de línea y mitad paisanos y estudiantes. Había dejado detrás y sobre su derecha unos quince mil hombres en los valles adyacentes, entre Villarcayo, Orozco, Amurrio y Balmaseda, para defender los desfiladeros que comunican con los llanos de Vitoria, y por donde podían asomar otras columnas francesas.

Al llegar á vista del cuerpo del mariscal Lefebvre, no lejos de Durango, sobre el camino de Mondragón y cerca ya del punto á que se le había destinado para envolver al ejército francés, mostrábase indeciso como suele sucederle en el momento crítico á todo el que acomete una empresa superior á sus fuerzas. Más audaces que él sus soldados, sin duda por ser más ignorantes, hacían alarde de una seguridad de que él no participaba, y desde aquella empinada posición levantaban gran clamoreo insultando y amenazando con sus ademanes á nuestras tropas. La impaciencia de nuestros soldados, poco hechos á sufrir denueros de sus enemigos, llegó á su colmo y se comunicó al viejo Lefebvre, el cual en su rústica astucia se holgó de que se le presentase ocasión de sentar la mano al ejército español antes que llegase el emperador. Llevaba el mariscal consigo la división de Sebastiani, compuesta de cuatro regimientos veteranos de infantería (el 32, el 58, el 28 y el 75 de línea) y de un regimiento de dragones, formando una fuerza efectiva de seis mil hombres; la división de Leval compuesta de siete mil hessenses, bádenes y holandeses, y por último, aunque sólo como auxiliar, la división de Villatte, de cuatro regimientos veteranos, de unos ocho mil hombres de fuerza efectiva, los más granados del ejército francés: número más que suficiente para batir á los enemigos, aunque no estuviere aún todo él en España por causa de las fatigas de las marchas.

Estaban los españoles más allá de Durango en una línea de alturas cuya derecha, mal apoyada, podía ser envuelta. Colocó el mariscal Lefebvre en el centro de su línea la división de Sebastiani y en sus dos alas á los alemanes mezclados con la división de Villatte para que les sirviese de estímulo. Mandó comenzar el ataque

por su izquierda, á fin de envolver la derecha de los españoles que, como hemos dicho, estaba menos sólidamente establecida. En la mañana del 31 de octubre, con una densa niebla, embistió el general Villatte con dos de sus regimientos, el 94 y 95 de línea y algunos alemanes, la posición enemiga tan impetuosamente, que los españoles sorprendidos apenas hicieron resistencia. Aunque los obstáculos del terreno les eran muy favorables, se dejaron arrollar de posición en posición hasta el fondo del valle. Con el mismo ímpetu que la izquierda avanzaron entonces el centro y la derecha, advertidos por una fogata que encendió el general Villatte y que era la señal convenida: ya los españoles estaban desconcertados por la lluvia de granadas que por entre la niebla les caía encima; cerramos inmediatamente con ellos, y fueron tan velozmente repelidos hacia el reducto de las alturas que ocupaban, que apenas hubo tiempo de alcanzarlos. Su modo de batirse consistía en hacer fuego sobre nuestras columnas durante la marcha, precipitándose luego á la desbandada al fondo de los valles. En cualquiera llanura hubiera podido la caballería acuchillarlos; pero en aquellos escarpados montes todo lo que podía hacer nuestra infantería era cortarles la huida á balazos, asegurándolos siempre mejor que ellos á los nuestros. De este modo perdieron entre muertos y heridos unos mil quinientos ó mil ochocientos hombres, por unos doscientos que de nuestra parte pusieron fuera de combate; pero muchos miles se dispersaron aterrados por aquel primer encuentro, enterados ya algo mejor y ya menos deseosos de la guerra con los franceses. No era en verdad el valor natural lo que les faltaba; pero los hombres sin disciplina no saben mostrar en los peligros la entereza conveniente y sin la cual toda operación de guerra resulta completamente imposible.

Prosiguiendo el mariscal Lefebvre su victoria entró al día siguiente en Bilbao, donde no trataron los españoles de oponer resistencia, y donde hizo unos cuantos prisioneros y recogió algunos heridos y cuantiosos pertrechos suministrados por los ingleses. Aterrados los habitantes, se habían refugiado unos á las montañas, otros en diversos buques fondeados en las aguas de Bilbao. Avanzó después el mariscal Lefebvre hasta Balmaseda, sin ir más lejos por no internarse en las gargantas que conducen por Espinosa á las llanuras de Castilla, y porque no se atrevía á extender ya más sus operaciones, habiéndose arrojado á batir á los españoles sin previas instrucciones. Estableció en Balmaseda á la división de Villatte, que no le pertenecía á él sino al mariscal Víctor, y se replegó con su cuerpo sobre Bilbao en busca de víveres, algo escasos en aquellas montañas, donde constituyen el maíz y la leche el ordinario alimento.

Tal era el estado de las cosas cuando llegó Napoleón. Sus intenciones habían sido malamente interpretadas, porque cabalmente lo que deseaba era que su ejército hubiese aparentado dejarse envolver por las dos extremidades izquierda y derecha, para estar más seguro de sorprender por la espalda á los dos principales ejércitos españoles desembocando por Vitoria. El movimiento verificado por los mariscales Ney y Moncey sobre el Ebro había en efecto producido el resultado de alejar un tanto á Castaños y Palafox, y de hacer

á éstos el favor de dejarlos desembarazados. El que se había propasado á hacer el mariscal Lefebvre, obligando á Blake á replegarse desde Bilbao hacia Balmaseda, sacaba al general español de una situación de la cual no hubiera jamás podido salir si se le hubiera dejado realizar su plan por completo. Además las tropas francesas andaban diseminadas en diferentes direcciones, no siempre bien escogidas. Los cuerpos primero y sexto, que Napoleón había querido tener á su disposición en las llanuras de Vitoria, estaban dispersos por varios puntos distantes unos de otros. El primero tenía una de sus tres divisiones, la del general Villatte, en Vizcaya; el sexto tenía la división de Bissón en Pamplona, y otra, que era la de Marchand, en el camino de Vitoria con toda su artillería.

Llegado que hubo Napoleón á Vitoria el 5 de noviembre, después de manifestar lo mismo que en Bayona el disgusto que le causaba verse tan malamente obedecido, dictó el 6 todas las órdenes necesarias para reparar los errores cometidos en su ausencia. A no haberle contrastado sus planes con operaciones intempestivas, habría puesto al general Blake, sólo para contenerle, el cuerpo del mariscal Lefebvre (cuarto cuerpo); á Palafox y Castaños, siempre con el mismo y único designio, el cuerpo del mariscal Moncey (tercer cuerpo); y después reuniendo el cuerpo del mariscal Soult, antiguamente de Bessieres (segundo cuerpo), el del mariscal Víctor (primer cuerpo), el del mariscal Ney (sexto cuerpo), la guardia imperial y los catorce mil dragones, y desembocando con ochenta mil hombres sobre Burgos, habría cortado por el centro á los ejércitos españoles, habría caído sobre ellos, y habríalos alternativamente cogido por la espalda, envuelto y destruido. Desgraciadamente este plan, sin estar ya enteramente frustrado, no podía ejecutarse de un modo tan certero y completo: en primer lugar, porque los generales españoles se habían detenido al ver la acción prematuramente dada, y habían impedido que se internasen bien los unos en Vizcaya y los otros en Navarra; en segundo lugar, porque los diversos cuerpos del ejército francés, destinados no bien acababan de llegar, estaban enteramente diseminados. Sin embargo, ni Blake retirado á espaldas de Balmaseda, ni Castaños y Palafox nuevamente establecidos en el Ebro, tenían el menor conocimiento del peligro que les amagaba, y nada hacían para ponerse en cobro. Era, pues, realizable todavía el plan de Napoleón. Convencido de esto, tomó sus disposiciones según la misma idea de cortar por el centro la línea española en dos porciones, para caer después sobre una y otra sucesivamente: mandó al mariscal Víctor (primer cuerpo), que había ya distraído de su ruta la división del general Villatte para reforzar al mariscal Lefebvre, que apoyase á éste en caso necesario por el camino de Vitoria á Orduña, y regresase luego por Orduña á Vitoria para reunirse con el centro del ejército francés. Tales rumores corrían en el país acerca de las fuerzas de los españoles, que creía Napoleón no excederse oponiendo dos cuerpos completos (primero y cuarto) al ejército de Blake, al que daban los más circunspectos cincuenta mil hombres, y sesenta mil los que exageraban algo. Sin embargo, estos dos mariscales, según el plan de Napoleón, debían limitarse á contener á Blake, más bien que á repelerle, hasta el

momento en que partiese del centro del ejército la señal de embestirle.

Después de prescritas las operaciones de su derecha, se ocupó Napoleón en las de la izquierda, y mandó al general Moncey que estuviere pronto á operar en cuanto recibiese órdenes, y que hasta entonces se limitase á proteger el Ebro desde Logroño á Calahorra. Restituyóle la división de Morlot, momentáneamente destinada de su cuerpo y agregó á ella un refuerzo de dragones; y por último, habiendo la división de Bissón, que era una de las dos que componían el sexto cuerpo (del mariscal Ney), tomado equivocadamente la carretera de Pamplona, mandó que se quedase á descansar en aquel punto, y que luego se la encaminase hacia Logroño para apoyar la derecha del mariscal Moncey y permanecer allí provisionalmente. Esta división cambió de mando, y se denominó división de Lagrange por su nuevo jefe. Estaba destinada á incorporarse más adelante con las tropas del mariscal Ney, y á contribuir entretanto á tener á raya á los españoles en el Ebro.

Aseguradas así su derecha y su izquierda, pero sin hacerlas avanzar, resolvió Napoleón desembocar por el centro con los cuerpos de los mariscales Soult y Ney (segundo y sexto), la guardia imperial y la mayor parte de los dragones. El cuerpo del mariscal Soult, antes de Bessieres, si bien contaba mucha gente joven, comprendía la división de Moutón compuesta de cuatro regimientos veteranos, á los que nada podía resistir en España, como ya lo habían probado en Medina de Rioseco. El cuerpo de Ney, aunque privado de la división de Bissón dirigida fuera de sazón sobre Pamplona y colocada provisionalmente sobre el Ebro, contenía sin embargo la división de Marchand, que siempre le había pertenecido, y la división de Dessoles, que acababa de formarse de antiguos regimientos sucesivamente llamados á España. Estas tropas no tenían igual en todo el mundo. Con estos dos cuerpos, la guardia y la reserva de caballería, podía Napoleón dirigir sobre Burgos cerca de cincuenta mil hombres: número muy superior al que había menester para anonadar al centro del ejército español.

Tomadas estas disposiciones en los días 6 y 7 de noviembre, fueron segunda vez suspendidas por un nuevo incidente. Los generales españoles, aunque muy desanimados por los vigorosos ataques que acababan de sufrir, unos en Zornoza y otros en Logroño y Lerín, no renunciaban á sus planes, antes por el contrario sostenían disputas más acaloradas que nunca sobre el modo de llevarlos á efecto, y se pedían refuerzos unos á otros. Blake, que era el que se veía embestido con mayor pujanza, pedía apoyo al centro y á la derecha contra los cuerpos de Lefebvre y de Víctor y que tenía ya sobre sus flancos; pero para acudir del uno al otro extremo de la línea española había que dar un rodeo de cincuenta ó sesenta leguas, y después de celebrar consejo de guerra en Tudela, contestaron Castaños y Palafox que les era imposible socorrer al ejército de Asturias, y se limitaron á mandar al cuerpo de Extremadura que acelerase su entrada en línea para proteger la derecha de Blake, tomando posición en Frías. Prometieron igualmente entrar en acción cuanto antes pudiesen para atraerse parte de las fuerzas francesas.

Repelido Blake entretanto de Bilbao y Balmaseda

hacia las gargantas que forman la entrada de Vizcaya, se detuvo en ellas, y allí se le incorporaron los doce ó quince mil hombres situados en Villaro y Orozco mientras se batían en Zornoza, y además el cuerpo de la Romana. Con la gente que había perdido, entre muertos, heridos y dispersos, y que ascendía á unos seis ó siete mil hombres, le quedaban en disposición de entrar en línea unos treinta y seis mil. Resolvió, pues, avanzar de nuevo el día 5 de noviembre sobre Balmaseda, donde había dejado el mariscal Lefebvre la división de Villatte para replegarse sobre Bilbao y vivir más cómodamente.

Después de la falta de avanzar antes de tiempo, no podía el mariscal Lefebvre cometer otra más grave que la de retroceder de súbito sobre Bilbao, dejando sola á la división de Villatte en Balmaseda. Para que de tan desacertadas disposiciones resultase algún grave percance, era preciso que nuestros soldados fuesen muy fuertes y valientes, y enemigos muy poco formidables los sublevados españoles.

El mariscal Víctor por su parte no había obrado con más acierto. Enviado por Orduña á Amurrio para flanquear al mariscal Lefebvre, mandó hacia Oquendo al general Labruyere con una brigada, y en esta posición le retuvo sin que se le ocurriese el pensamiento de ir en persona á dirigirle. El general Labruyere al verse entre aquellas montañas escarpadas y sombrías, donde los de su misma brigada apenas podían descubrirse unos á otros por causa de las densas nieblas del invierno, privado de toda dirección y sin saber qué fuerza enemiga podía temer, había resuelto no empeñar encuentro y dejado expedito el paso á todos los cuerpos que flanqueaban á Blake durante la acción de Zornoza, sin atreverse á dar un paso para cortarles la retirada. Mantúvose en aquella posición los días siguientes viendo de lejos á Balmaseda, á la división de Villatte sin tratar de incorporarse á ella y á la división de Sebastiani que desde Bilbao extendía sus reconocimientos al camino de Orduña; de modo que nuestras tropas en vez de reunirse para derrotar á Blake, única operación loable que hubiera podido llevarse á cabo una vez hecho el disparate de arreglar un encuentro sin recibir órdenes del cuartel general, andaban dispersas entre Bilbao, Balmaseda y Oquendo expuestas en su aislamiento á muy graves azares.

Ni limitó á esto sus desaciertos el mariscal Víctor, porque habiéndosele mandado con toda urgencia que regresase al cuartel general para operar á la vista del mismo emperador, y viendo en sus instrucciones que podía volver á tomar el camino de Vitoria cuando su presencia en Vizcaya dejase de ser necesaria, hizo que el general Labruyere se le incorporase para repasar los montes y bajar de nuevo á los llanos de Vitoria, y abandonó á la división de Villatte, que quedó enteramente sola en Balmaseda. Así comenzaba aquella enojosa cadena de desaciertos, debidos al egoísmo y á la rivalidad de nuestros generales, que perdiendo la causa de Francia en España la arruinaron en la Europa entera.

Mientras el mariscal Víctor ejecutaba este movimiento retrógrado, el general Blake, reforzado según dejamos dicho por las tropas de su izquierda y por las de la Romana, había resuelto avanzar y disputar la posición de Balmaseda á la división de Villatte que se encontraba allí sola. La permanencia del mariscal Lefeb-

vre en Bilbao y la retirada del mariscal Víctor sobre Vitoria le brindaban á que hiciese aquella tentativa. En efecto, el 5 de noviembre se adelantó á la cabeza de treinta y tantos mil hombres, y coronó las alturas en torno de Balmaseda para circunvalar la ciudad antes de embestirlas y hacer prisioneros á los franceses que la guarnecían. Pero el general Villatte, que mandaba una soberbia división de cuatro regimientos veteranos, estaba acostumbrado á habérselas con enemigos y peligrosos mucho más formidables que los que le amenazaban en Vizcaya. Tenía este general bizarro tanta serenidad como inteligencia: quiso asegurar las alturas de Güeñes que caen á la espalda de Balmaseda y que dominan la comunicación con Bilbao, puso escalonados en ellas tres regimientos, y después dejó el 27 ligero dentro de la población para defenderla todo el tiempo posible. Tomadas estas disposiciones, dejó acercarse á los españoles, y los recibió con un fuego á que no estaban acostumbrados. Los que intentaron el asalto de Balmaseda quedaron horriblemente maltratados, dejando sus cercanías sembradas de cadáveres y de heridos. Las alturas que la flanquean íbanse no obstante coronando de enemigos, y como el mariscal Lefebvre no acudía de Bilbao, juzgó Villatte deber mandar la retirada. Sacó el 27 ligero de Balmaseda, le llevó á las alturas de Güeñes, y con sus cuatro regimientos incólumes se replegó en masa camino de Bilbao. Los españoles que quisieron acercársele fueron vigorosamente repelidos y pagaron cara su imprudente osadía. No obstante, la división de Villatte perdió doscientos hombres después de haber inutilizado setecientos ú ochocientos al enemigo. Si el mariscal Lefebvre hubiera estado allí cerca y el mariscal Víctor en vez de retirar la brigada de Labruyere de la posición que ocupaba, desde donde podía caer sobre Balmaseda, hubiera operado con todo su cuerpo sobre aquel punto, el ejército de Blake se habría visto envuelto y prisionero en aquella misma jornada (1).

La nueva de la acción de Balmaseda, que no tenía más importancia que haberse expuesto inútilmente á un grave riesgo, transmitida de voz en voz hasta el cuartel general con la exageración que llevan consigo esta clase de comunicaciones, aumentó la exasperación de Napoleón contra unos generales que tan malamente comprendían y ejecutaban sus planes (2). Hizo que el mayor

(1) No tenemos documentos oficiales para contradecir al autor acerca de la supuesta proeza de Villatte en Balmaseda; pero en verdad, tampoco Mr. Thiers cita ninguno que abone su relación, lo que sin embargo no parecía excusado habiendo algunos historiadores españoles, y entre ellos el conde de Toreno y el señor Galliano en su *Historia de España* escrita sobre la de Dunham, atribuido la victoria de aquella jornada al general Blake (véase la *Historia* citada, pág. 216, tomo VI). De la carta que el mayor general escribió á Víctor desde Vitoria el 6 de noviembre, y que puede verse en la siguiente nota del autor, lo que se colige es que Villatte padeció en Balmaseda un descalabro muy formal, del que sólo á fuerza de intrepidez libertó su persona. Dedúcese también que el mariscal Víctor obró con ridícula jactancia, al suponer que Villatte triunfaba sólo por el tiroteo de sus tropas con las del enemigo, ¡y aún tiene valor Mr. Thiers para calificar de jactanciosos á los españoles!

(N. del T.)

(2) Cito despachos que explican claramente la situación, y prueban la opinión que llegó á formarse de aquellos dos mariscales un juez tan idóneo cual era el mismo Napoleón, que por lo común era más bien laxo que severo con los dos lugartenientes á que aludimos.

general Berthier les dirigiese una reprensión severa, y mandó al mariscal Lefebvre que regresase á Balmaseda, y al general Víctor que retrocediese hacia Vizcaya, estrechase á Blake con el mayor rigor, y hasta le derrotase si se presentaba ocasión de hacerlo. A pesar de

*El mayor general al mariscal Lefebvre.*

«Vitoria, 6 de noviembre de 1808, á mediodía.

»El emperador se ha incomodado mucho por el falso movimiento de retirada de Bilbao. S. M. no esperaba una falta tan garrafal de parte de un mariscal tan celoso por su servicio. No duda S. M. que si hubiera usted situado su cuartel general en Balmaseda, y campado con sus tres divisiones para operar según lo requiriesen las circunstancias, habría usted ya cogido más de ocho ó diez mil prisioneros al enemigo; y la conducta que últimamente ha observado usted es tanto más extraordinaria por cuanto reconociendo los grandes inconvenientes de los movimientos retrógrados, ha comenzado uno de cinco leguas nada menos.

»Manda el emperador que se reuna usted con la división de Villatte con objeto de repeler energicamente al enemigo. Si el día 31 no hubiera usted atacado y hubiera dejado tiempo para tomar las disposiciones necesarias, hoy, señor mariscal, la campaña de la península estaría muy adelantada. Su conducta de usted, faltando á los reglamentos militares y atacando sin orden de hacerlo, es á los ojos del emperador una prueba de su ardoroso celo; pero S. M. no concibe que pueda el enemigo mostrarse incólume después de haber logrado sobre él una victoria. Puede el emperador necesitar sus tropas, y hallándose éstas empeñadas en una acción no es posible que una división quede aislada delante del enemigo cuando por otro lado se emprende un movimiento retrógrado. S. M. cree que semejantes disposiciones comprometen todas las ventajas de sus triunfos. Cree también que mientras las tropas de los generales Villatte, Labruyere y Ruffin están en presencia del enemigo y maniobran para cortarles, su retirada de usted es fuera de sazón; y en tales circunstancias juzga S. M. inoportuno que las tropas del cuarto cuerpo permanezcan inactivas en Bilbao.

»El mariscal Soult marcha mañana á la vuelta de Burgos, desde donde se encaminará á Reinosa y Santander. Acelere, usted, pues, su marcha, señor mariscal. El emperador desea que no haya un momento de descanso mientras no quede destruido el cuerpo de Blake y repelido á las Asturias.

»Habiéndose retirado el enemigo por Balmaseda, Villarcayo y Santander, debe usted perseguirle con dirección á los cuerpos que van á interceptar el paso de Reinosa

»ALEJANDRO.»

*El mayor general al mariscal Víctor.*

«Vitoria, 6 de noviembre de 1808, á media noche.

»He enseñado al emperador su carta de usted del 9, que dice su ayudante de campo haberse escrito á mediodía. S. M. ha sentido mucho que en vez de haber sostenido al general Villatte le haya usted dejado solo con el enemigo; falta tanto más grave, cuanto que usted no ignora que el mariscal Lefebvre ha cometido también por su parte la de dejar abandonada una división del cuerpo de ejército de su mando de usted replegando las otras dos sobre Bilbao. Usted sabía que dicha división estaba abandonada en Balmaseda, punto en que el general Labruyere había estado en comunicación con ella el 5 por la mañana. ¿Cómo en vez de dirigirse personalmente á la cabeza de sus tropas á socorrer á una de sus divisiones, ha podido usted confiar una operación tan importante á un mero general de brigada que no era de su confianza y que no llevaba consigo más que una tercera parte de las fuerzas que usted manda? ¿Cómo después de recibido aviso de que estaba el día 4 la división de Villatte tiroteándose con los españoles, pudo usted, en vez de acudir en su auxilio, suponer gratuitamente que dicho general era vencedor? Desea S. M. le diga usted desde cuándo el tiroteo y el ataque se tienen por pruebas de la retirada del enemigo. Las instrucciones del mariscal Jourdan eran sin embargo bien terminantes: por ellas se le encargaba á usted que no se encaminase hacia Miranda hasta estar bien seguro de que el enemigo iba de retirada; pero en vez de hacerlo así, señor maris-

cal, emprendió usted su marcha sabiendo de positivo que el enemigo sostenía la batalla. Usted sabe que el primer principio de la guerra exige que mientras el éxito se mantiene dudoso acuda uno á socorrer á uno de sus cuerpos atacados, pudiendo de esta manera depender su salvación. En la suposición contraria, su movimiento de usted no podía acarrear inconveniente alguno, puesto que la instrucción que se le había á usted dado de encaminarse á Miranda sólo era hipotética, de modo que su no cumplimiento no podía influir en ningún proyecto del general en jefe.

»Lo que ha sucedido en resumen, señor mariscal, ha sido esto: la columna á cuya vista se replegó el general Labruyere, se encontró con el general Villatte, el cual, acometido por frente y espalda, ha debido su salvación únicamente á su intrepidez, después de haber hecho gran carnicería en el enemigo. Por su parte ha perdido poca gente, y se ha retirado sobre Bilbao, poniéndose en la noche del 5 á dos leguas de esta ciudad.

»El emperador manda que emprenda usted sin la menor dilación su marcha á Orduña á la cabeza de sus tropas; que tenga usted su cuerpo reunido, y que maniobre para ponerse en comunicación con el mariscal Lefebvre, que debe hallarse en Bilbao.

»ALEJANDRO.» (N. del A.)